El grito del viento /Pa

Cuando de pequeño recorría los paisajes, no era consciente de lo que en su alma ocurría. Le gustaba jugar con el viento, contemplar las nubes sobre las montañas, oír la música del agua despeñándose por los arroyos y ríos, ver y oír el canto de los mirlos, ruiseñores y oropéndolas y le gustaba, sobre todo, observar la espesura de los bosques verdes, en primavera y verano y color naranja, en otoño e invierno. Le gustaba todo esto y recorrer las veredas desde lo hondo de los valles hasta lo más elevado de los cerros y, al llegar aquí, pararse y mirar a lo lejos. A los azules e infinitos horizontes por donde siempre imaginaba misteriosas princesas y reinos maravillosos.

Pero él, cuando de pequeño recorría estos paisajes y jugaba y disfrutaba de todo cuanto a su paso iba encontrando, no era consciente de lo que ocurría en su alma. En algún lugar de su espíritu o corazón, se acumulaban las esencias, cantos de pájaros y rumor de aguas. Siempre sin dolor. En forma de dulces besos y abrazos. Como en forma del más limpio y sereno abrazo del amigo más bueno e inteligente.

Pero ahora de mayor, casi sin fuerzas ya y solo dos pasos para atravesar el umbral hacia la eternidad, las cosas en su corazón, le gritan. Y con más fuerza, en esta fría y a la vez soleada mañana de invierno.

Con los amigos de la ciudad, llega a los lugares que recorrió de pequeño. El que guía, habla y dice:
- Nosotros vamos a llegar hasta el collado para bajar luego al valle y subir por donde brota la fuente. ¿Nos acompañas?
- Quiero quedarme por aquí.
- Y de la fuente que tanto te gusta y añoras ¿no vas a beber un trago?
- Beberé otro día.

Se despide de los amigos y antes de andar la senda que ya está pisando, durante un rato, observa y ve que ellos se dirigen al collado. Se dice: “Como otros muchos, pisarán esas tierras y atravesarán esos paisajes y no se le conmoverá el corazón. Y no sabrán que estas tierras y lugares son míos, que me pertenecen con tanta fuerza que yo mismo soy estos paisajes y al revés”.

Remonta hasta lo más alto del cerro. Bajo un roble y en el rellano, se para, se vuelve para el barranco y mira en silencio. Unas nubecillas de niebla blanca, vaporosas revolotean barranco arriba y juegan con las rocas, los robles y los castaños. Al fondo se ve el río, a su derecha y más lejos, Granada y la Alhambra y a la izquierda, las cumbres de Sierra Nevada. La nieve tapiza muy blanca sobre estas montañas y el azul del cielo parece arropar como en una amable caricia. Un suave vientecillo roza su cara. El silencio es profundo y la quietud del momento parece de piedra.

Los ve asomar por la vereda al fondo del barranco. Caminan despacio y charlan. Al llegar al pilar donde el agua que brota por entre las rocas, se estanca, detienen sus pasos. Durante rato por aquí están como buscando algo. Luego, siguen subiendo y los ve llegar al rellano del gran castaño. El viejo y majestuoso árbol que tanto le gustaba. Todavía sigue con sus raíces clavadas en la tierra y como desafiando tanto a las cumbres como al tiempo. Hoy no tiene hojas porque es invierno y el frío las ha matado. Por el suelo y por entre la hierba, se ven esturreadas las últimas hojas de este viejo castaño.

Por aquí, en el rellano del pequeño montículo y bajo el gran árbol, ellos se paran. Miran despacio y comienzan a buscar por entre las piedras y los restos de ruinas del desaparecido cortijo. Él, desde donde está observando, puede verlos con toda claridad y por eso se fija en cada uno de sus movimientos. Se dice: “Como otros muchos, buscan algún tesoro material. Como si estos lugares y las ruinas de lo que fue mi pequeño palacio, fueron trofeos con los que alimentar la felicidad en sus corazones. Y no saben, como tampoco lo saben otros ni nunca lo sabrá nadie, que estos lugares, paisajes, viento y silencio, me pertenecen hasta en su esencia más pura. Soy yo en cada hoja de árbol, en cada sonido del agua en los manantiales, en cada canto de pájaro y en la soledad luz y sombra de estos lugares. Los sueños cada noche y por aquí camino, subo y bajo en espíritus y entre los brazos del viento. Por eso sé, ahora que todavía aunque por un tiempo corto, soy materia como vosotros, que por aquí seré y permaneceré siempre. En esa dimensión que llamamos eternidad que es donde la belleza y la bondad permanece sin fin”.

Oye los válidos y las ve bajar. Siguiendo las sendillas que descienden hacia el río, trotan ágiles, las cabras y ovejas del último pastor de estos lugares. Cierra sus ojos. Piensa un momento y siente con fuerza el deseo de quedarse dormido para así abrazarse ya a lo que en su corazón le quema.